

Israel: la división ante la paz

*Ferran Izquierdo Brichs

EL CAMINO HACIA LA NEGOCIACIÓN

Los cambios en el sistema internacional a finales de los años ochenta tuvieron importantes repercusiones en Oriente Medio y en el conflicto árabe-israelí. El fin de la Guerra Fría rompió la estructura bipolar que enmarcaba muchos conflictos locales en el sistema internacional global, dejándolos enfrentados a sí mismos y a una nueva aproximación de la superpotencia victoriosa: EEUU. No obstante, mientras los conflictos se libraron del corsé bipolar que dificultaba su avance, tanto hacia la solución política como hacia escaladas de violencia incontroladas, los actores que se enfrentaban en estas disputas quedaron a merced de una nueva realidad globalizadora que exigía nuevos comportamientos domésticos e internacionales.

Como consecuencia de la crisis y guerra del Golfo Pérsico en 1990-1991, al quedar el petróleo –el principal centro de interés internacional en la región– controlado directamente por EEUU y sus aliados árabes y occidentales, se redujo la disputa entre israelíes y árabes a su dimensión puramente local, desde la óptica estadounidense. De esta forma, por primera vez en mucho tiempo, hubo un cambio real en la perspectiva de Washington hacia el conflicto, producto de la nueva realidad internacional y regional.

También los protagonistas directos de la contienda se tuvieron que enfrentar a importantes novedades. El estallido de la *intifada* en los Territorios Ocupados creó una nueva relación de fuerzas entre Israel y los palestinos, y afectó a las dos sociedades y a su política interna, conduciendo a algunos sectores israelíes a una nueva percepción de la ocupación. La *intifada*, asimismo, provocó una mayor presión de la opinión pública internacional a favor de una solución del conflicto, a la que se unió la presión de gobiernos y organizaciones internacionales tras la Guerra del Golfo.

*Profesor de Relaciones Internacionales. Universitat Autònoma de Barcelona.

Israel tuvo que hacer frente al acuciante problema del dilema demográfico y a una importante crisis económica. El crecimiento de la población palestina, en el territorio de la “Tierra de Israel” reivindicada por el revisionismo sionista, avecinaba la paridad con la población judía. Los partidos políticos mayoritarios, en unos momentos en que la *intifada* y la presión internacional hacían cada vez más difícil el mantenimiento de la ocupación, continuaron manteniendo sus mismas propuestas ante el problema demográfico y la ocupación. El laborismo se basaba en el viejo Plan Allon, que propugnaba mantener la ocupación sólo en las zonas importantes por razones de seguridad, mientras que el Likud continuó defendiendo la anexión de los Territorios Ocupados. Sin embargo, hubo una cierta evolución en el laborismo respecto al proceso de paz y a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Por primera vez, el Partido Laborista decidió que el *status quo* ya no servía a los intereses de Israel y que era necesario intentar transformarlo. Además, lentamente, la izquierda israelí fue tomando conciencia de que era imposible encontrar una solución sin contar con la organización palestina, por lo que se decidió a abrir el diálogo, siguiendo el ejemplo norteamericano. No ocurrió lo mismo con el Likud, que sólo aceptó tratar con Arafat cuando los compromisos adquiridos por el Gobierno laborista le obligaron a ello.

Los palestinos vieron su posición reforzada por la *intifada*, pero, al mismo tiempo, la desaparición del aliado soviético y la Guerra del Golfo les debilitaron hasta el punto de amenazar el liderazgo de la OLP. El apoyo popular palestino a Iraq durante la crisis del Golfo, y los equilibrios de la dirección de la OLP para no distanciarse de su opinión pública al tiempo que evitaba pronunciarse oficialmente a favor de Bagdad, no sirvieron ante una comunidad internacional que lo vio todo en blanco y negro y contrastado, demonizando a todos aquellos que no se aliaron a Occidente. Tampoco sirvieron ante Arabia Saudí, Kuwait y el resto de países del Consejo de Cooperación del Golfo, que redujeron sus ayudas a la OLP ahondando la ya fuerte crisis económica en la organización, en la diáspora palestina y en los Territorios Ocupados. Así, fue un Arafat más cuestionado que nunca en su liderazgo el que se decidió a hacer nuevas renuncias que permitieron firmar un acuerdo de principios para un proceso de paz con los laboristas israelíes.

El fin de la Guerra Fría y la crisis del Golfo trastornaron el sistema político interárabe y sus alianzas con el exterior. Sin embargo, las dinámicas en lo que se refería al conflicto con Israel se mantuvieron estables. Siria continuó buscando una posición común árabe de negociación desde un mayor equilibrio de fuerzas con Tel Aviv, evitando así su marginación en un posible acuerdo jordano-palestino. Jordania avanzó en el proceso de separación de Cisjordania pero siguió trabajando para un acuerdo en el que participaran los palestinos. Finalmente, sería Arafat, con el Acuerdo de Oslo en 1993, quien forzaría la paz separada de Jordania con Israel. La decisión del líder palestino fue, tras los enfrentamientos de la Guerra del Golfo, el golpe definitivo al panarabismo. El último eslabón

que mantenía una cierta cohesión ideológica y política entre los Estados árabes era el problema palestino y el enfrentamiento con Israel. Arafat lo rompió, eliminando una de las principales restricciones de los gobiernos árabes en su política exterior.

LA DIVISIÓN ANTE LA PAZ

Los cambios en el sistema internacional se dejaron sentir en Israel más como un peligro que como una esperanza. Al romperse el marco bipolar cada actor se enfrentó a la redefinición de su situación en las estructuras internacionales. Hasta entonces, la estrecha alianza con EEUU y el conflicto con el mundo árabe habían colocado claramente al Estado judío en el campo occidental. Las diferencias con sus vecinos en el desarrollo económico también ayudaban a crear la percepción de pertenencia al centro del sistema. Sin embargo, el fin de la Guerra Fría y el proceso de globalización obligaron a un autoanálisis desde una nueva perspectiva. En poco tiempo los israelíes vieron como su relación con Occidente adquiría muchos rasgos de la relación del centro con la periferia, asimilando a Israel con el Sur, al quedar fuera de las estructuras estables tanto de seguridad como económicas y estar sometido a continuas críticas desde Occidente por su política de colonización, por sus atentados a los Derechos Humanos y por su acción exterior. Asimismo, estaba sujeto a fuertes presiones políticas para que las cambiara y avanzara hacia la apertura de un proceso de paz con los árabes. Paradójicamente, la relación con EEUU, que desde 1967 fue el amarre de Israel con Occidente, se dejó sentir cada vez más como una relación de dependencia política a medida que progresaba la globalización en la posguerra fría. Aún más grave, quizás: este “flotar” en la semiperiferia del sistema apartaba a Israel del circuito financiero internacional, alejando el flujo inversor, cada vez más necesario para el desarrollo de una economía avanzada¹.

Los cambios en el sistema internacional afectan sobre todo a algunas capas específicas de la sociedad israelí. El desarrollo económico israelí, fundado en buena parte en los recursos exteriores, provocó la aparición de una capa de profesionales y de clase media y alta orientada hacia la liberalización económica y hacia la inclusión en el mercado global. Estos nuevos estratos sociales evolucionaron, en general, a partir de la élite *askenazi* que controlaba las estructuras económicas e institucionales desde el nacimiento de Israel. De esta forma, la nueva élite económica pasó a defender una liberalización interior, que se deja sentir en privatizaciones y en el debilitamiento de las poderosas instituciones creadas por el laborismo –como el sindicato *Histadrut*–, y un menor intervencionismo estatal en la economía, lo que implica la disminución de los subsidios a

la colonización de los Territorios Ocupados. Paralelamente, reclama los cambios necesarios para no quedar apartada del circuito financiero internacional. El primero y más importante de estos cambios es solucionar el conflicto con los árabes para conseguir la estabilización de la región. Esta nueva élite coincide, en buena medida, con los sectores de la sociedad israelí que creen que el proceso de construcción del Estado judío ha llegado a su fin, y que Israel ha entrado en una etapa de postcolonialismo en la que los valores de la sociedad colonial, como la colonización de nuevo territorio y el servicio militar largo, ya no tienen sentido (Shafir (1996: 32-33); Peled y Shafir (1996: 408-410))².

Sin embargo, otras capas de la sociedad, menos favorecidas económicamente y alejadas de la élite *askenazi*, ven como una amenaza la liberalización económica y la inclusión en el mercado global, de forma que se oponen al desmantelamiento del viejo aparato institucional creado por los socialionistas y a la desaparición del sistema ideológico y de valores que ha mantenido unido a Israel. Así, paradójicamente, el revisionismo sionista, al oponerse a un proceso de paz que supone la desaparición de estos valores, se ha convertido en el heredero moral e ideológico del socialionismo pionero en la colonización y fundador del Estado judío.

Esta controversia en la percepción del sionismo como ideología nace, también, de nuevas formas de relacionarse con los mitos fundacionales del sionismo y de Israel. Actualmente, ya hay importantes sectores de *sabras*, sobre todo descendientes de *askenazis*, que han nacido y crecido en un Israel legitimado internacionalmente, cada vez más aceptado por los estados árabes y muy superior militarmente a sus enemigos. Para estas capas de población los mitos fundacionales ya no son necesarios, pues ni el sionismo ni Israel necesitan una justificación moral y psicológica al ser una realidad aceptada. Así, al perder el sionismo buena parte de su carga simbólica, la percepción que tienen del nacionalismo palestino también deja de ser de incompatibilidad y exclusión, y pueden adoptar un punto de vista más frío, desde una perspectiva de costes y beneficios que se refleja en la aceptación de la opción “Tierra por Paz”³. Sin embargo, todavía hay amplias capas sociales que mantienen viva la mitología y toda la carga ideológica del sionismo, y que pueden ver esta nueva percepción como una traición a las esencias de Israel. Así, se está produciendo un importante fenómeno de polarización en la sociedad israelí que la divide ante la cuestión de la paz.

Estas tensiones en la sociedad y en la política israelí se dejaron sentir con toda su fuerza durante la crisis del Golfo Pérsico en 1990-1991. Con la crisis, el dispositivo de EEUU en Oriente Medio sufrió un cambio notable. Washington basaba la defensa de sus intereses en la zona en la fuerza militar de Israel y la fuerza económica de las petromonarquías. Sin embargo, tras la Guerra del Golfo, la fuerza militar para proteger el petróleo, el principal interés de EEUU en la región, era directamente estadounidense y dependía de los acuerdos con los estados árabes. Así, definitivamente, Israel pasaba de ser un instrumento de la política exterior norteamericana, a ser un proble-

ma en política exterior y una variable a tener en cuenta en la política doméstica⁴. Esto no significó una disminución del apoyo y de la ayuda de Washington a Tel Aviv, aunque las presiones de Bush sobre Israel para que no se inmiscuyera en la Guerra del Golfo y para que congelara la política de asentamientos en los Territorios Ocupados crearon una cierta sensación de debilidad entre los israelíes⁵. De todas formas, el apoyo incondicional volvió con toda su fuerza tras la victoria de Clinton⁶.

La prohibición a Tel Aviv de participar en la alianza antiiraquí fue una muestra más de la incapacidad de Israel de formar parte del Norte político. El Estado judío se había convertido en una incomodidad para Europa y EEUU, y estaba claro que no sería admitido en el núcleo del sistema mientras no terminara el conflicto árabe-israelí con una paz real. La marginalidad en el sistema implicaba, también, la desconfianza del capital internacional. Así, el mantenimiento del *statu quo* ya no servía.

No obstante, en Israel también juegan fuerzas contrarias a las que empujan hacia el centro del sistema. El peso diplomático internacional, la ayuda de EEUU, la solidaridad de muchos sectores de la opinión pública y de la diáspora judía, todavía dependen del conflicto con los árabes y de la percepción exterior de un país pequeño y asediado. Con la paz, Israel debería definir su posición en la estructura internacional, con lo que quedaría situado en la marginalidad del centro a nivel económico y político, convirtiéndose en un país más de Oriente Medio. Un país potente, cierto, pero no hegemónico, ni política ni económicamente. Israel, como miembro del club atómico, tan sólo sería una potencia en Oriente Medio a nivel militar, y esto, en tiempos de paz y en un sistema global, pierde utilidad. Así, el conflicto con los árabes puede continuar manteniendo todo su atractivo para algunos sectores de la sociedad israelí, como aquellos más dependientes de la economía subsidiada e intervenida desde el Estado, el complejo militar-industrial⁷, o el revisionismo sionista y los nostálgicos de la política exterior militarizada y del Israel victorioso sobre el enemigo árabe⁸.

En el nuevo contexto de globalización, el valor añadido que dé un peso preponderante a Israel en Oriente Medio sólo puede venir de su mayor capacidad de atracción para el capital internacional y su canalización hacia la región; por su mayor *know how*, por la proximidad cultural a Occidente, por los lazos con EEUU y Europa, o por la solidaridad de la diáspora judía⁹. Sin embargo, para conseguirlo, debe pacificarse la región e Israel tiene que asumir que forma parte de Oriente Medio. El debate sobre la naturaleza del poder en el nuevo sistema internacional¹⁰ se expresa claramente en Israel, cuando cada vez son más las voces que defienden que el poder y la seguridad para los israelíes ante los árabes dependerá de las relaciones económicas y comerciales, más que de la fuerza militar¹¹.

El debate sobre la seguridad en el nuevo sistema internacional¹² se reflejó, en algunos sectores de Israel, en la devolución a su dimensión real de la paradoja de la

seguridad israelí ante los árabes y los palestinos. Hasta principios de los años noventa, Tel Aviv había conseguido que la percepción subjetiva israelí de la seguridad se convirtiera en un elemento central del conflicto ante una posible solución política. Las necesidades de seguridad de Israel, según su propia definición, eran el punto de partida básico para iniciar una negociación¹³, lo que inmediatamente impedía cualquier avance pues la inseguridad la producía la propia política israelí de ocupación. En el laborismo, lentamente, se irá produciendo el cambio hacia la apreciación de que la amenaza árabe hacia Israel procedía del conflicto en sí, y que la forma de conseguir la máxima seguridad era afrontar la solución del núcleo de la disputa: el problema palestino¹⁴.

Esta lenta evolución pudo apreciarse, en primer lugar, en la aceptación de la OLP como interlocutor y, después, al admitir la posibilidad de un Estado palestino. La *intifada* y la renuncia de Amman a Cisjordania no dejaba otra alternativa que la OLP entrase en una posible negociación, ya que la opción jordana perdió toda credibilidad (Shamir (1988: 215)). Sin embargo, ante la opinión pública israelí, la OLP todavía era un anatema, y la percepción de los palestinos empeoró aún más con la Guerra del Golfo y el júbilo con el que se acogió en los Territorios Ocupados el lanzamiento de misiles iraquíes sobre Israel. La negociación en Oslo, en 1993, se inició sin que hubiera habido un proceso de creación de confianza entre las dos partes; y fue secreta, entre otras razones, porque al Gobierno laborista le era difícil justificar en su país el diálogo con la OLP. La negociación fue un ejercicio de realismo, ya que todos eran conscientes de que se habían sentado alrededor de la misma mesa porque no podían hacer otra cosa: los israelíes no tenían otro interlocutor y los palestinos sabían, desde hacía mucho tiempo, que no tenían otra salida que negociar (Beilin, 1994: 28; Gazit, 1992: 24).

El camino hacia la admisión laborista de un Estado palestino es más largo y aún no se ha terminado de recorrer. En una concepción clásica de la seguridad, el peligro siempre procede del exterior y, por esta razón, los palestinos sólo se convertirían en una amenaza para la seguridad nacional si establecían un Estado propio (Simons, 1991: 151). Así, el debate sobre la nueva seguridad facilitó la aceptación de un posible Estado palestino. Como hemos visto, en 1992 Rabin todavía hablaba de autonomía para los palestinos y, en los acuerdos de Oslo de 1993, se evitó cuidadosamente cualquier mención a un futuro Estado en el estatuto final. En 1995, Shimon Peres ya preveía la posibilidad de un Estado palestino limitado a la Franja de Gaza, mientras que para Cisjordania proponía una soberanía compartida entre la Autoridad Palestina e Israel¹⁵. Tres años más tarde, ya apartado de la responsabilidad del Partido Laborista pero dando una muestra de la política oficiosa del laborismo, no sólo defiende la existencia de un Estado palestino, sino que la ve como una cuestión de seguridad para Israel¹⁶.

ISRAEL Y EL DEBATE SOBRE LOS TERRITORIOS OCUPADOS

El estallido de la *intifada*, el 8 de diciembre de 1987, marcó el inicio de una nueva etapa en la ocupación israelí de la Franja de Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este. A partir de aquel momento Israel empezó a sentir los costes de la ocupación, que se reflejaron tanto en el interior, a nivel económico, político y anfímico, como en la relación con el exterior, occidental y árabe. La lucha de los jóvenes con piedras no se inició en el vacío, pues la tensión y los incidentes y revueltas eran viejos y habían ido incrementándose en los años ochenta, pero supuso un salto cuantitativo y cualitativo impresionante, con la pérdida del control israelí de la población de los Territorios Ocupados¹⁷.

La *intifada* impactó en la opinión pública israelí, provocando un efecto paradójico de endurecimiento en las políticas a corto plazo –en lo referente a temas de seguridad, de represión y de negociación con la OLP–, pero también de moderación en la visión del conflicto a largo plazo –respecto a la necesidad de iniciar un proceso de paz y a las cesiones territoriales–. La inseguridad en los Territorios Ocupados volvió a dibujar la *Línea Verde* y mostró el fracaso de los gobiernos del Likud en su política de unión de Gaza y Cisjordania a Israel. Los israelíes que no formaban parte de las colonias dejaron de viajar a los Territorios Ocupados, que volvieron a aparecer ante la sociedad israelí como una entidad que no formaba parte de Israel. Al mismo tiempo, la *intifada* polarizó a la sociedad israelí, separando todavía más a *palomas* y *halcones* en las opciones ante los Territorios Ocupados. A medida que avanzaba la revuelta, el debate se planteó incluso en términos de seguridad, ya que, al extenderse la inseguridad personal a uno y otro lado de la *Línea Verde*, perdió fuerza el argumento de que la ocupación era esencial para la seguridad israelí. Los brutales métodos represivos usados por el ejército israelí obligaron a la sociedad de Israel a encarar la realidad de la ocupación y del doble sistema legal a uno y otro lado de la *Línea Verde*. Los movimientos pacifistas ganaron fuerza, igual que había ocurrido tras la invasión de Líbano y las matanzas de Sabra y Shatila, y la opinión favorable a mantener el *statu quo* en los Territorios Ocupados bajó del 40% en 1987 al 25% en 1989 (Arian, Shamir y Ventura, 1992: 319; Hirschfeld, 1994: 104; Kaarbo, 1996: 262; Peled y Shafir, 1996: 406-407)¹⁸.

La *intifada* y la represión israelí, extremadamente dura en los primeros años de la revuelta, se dejó sentir en la opinión pública internacional e, incluso, en la opinión de los judíos norteamericanos, provocando tensiones con la comunidad internacional y con la Administración estadounidense¹⁹. El Gobierno de Reagan, ante la presión de la opinión occidental y de los gobiernos aliados y la permisividad de un *lobby* judío más moderado, emprendió nuevas iniciativas para la solución diplomática del conflicto y, a finales de 1988, inició el diálogo con la OLP. La *intifada*, por primera vez, hizo dudar

a EEUU de la capacidad de Israel para controlar y estabilizar la región. Esta percepción se agravó cuando la revuelta de los jóvenes palestinos estuvo a punto de extenderse a los estados árabes vecinos, y en especial a Jordania (Zunes, 1996: 94).

La Administración estadounidense, en marzo de 1988, presentó una propuesta de negociaciones a través del secretario de Estado Shultz. El nuevo plan era muy parecido al planteado por Shimon Peres y el rey Hussein de Jordania el año anterior, con la convocatoria de una conferencia internacional basada en la resolución de la ONU 242 y con participación de una delegación conjunta jordano-palestina, aunque con una agenda más rígida. El plan de Shultz, que era la primera iniciativa de paz norteamericana desde el Plan Reagan de 1982, volvió a dividir al Gobierno de unidad nacional israelí. Los laboristas aceptaron la propuesta, pero el Likud la rechazó. También entre los árabes hubo divisiones, pues la OLP, sintiéndose fuerte con la *intifada*, se opuso a la delegación conjunta con Jordania. La renuncia oficial de Jordania a Cisjordania, en julio del mismo año, y el cambio de Administración en Washington en enero de 1989, enterraron el plan de Shultz, aunque no sus principios, que se retomaron más tarde (Feste, 1991: 93-94; Shamir, 1988: 216).

Shamir, entonces primer ministro del Gobierno de unidad nacional, ante las presiones de EEUU y de los europeos, presentó un plan de paz pactado con Rabin. Este plan, muy parecido al de Camp David, con elecciones en los Territorios Ocupados –excepto en Jerusalén–, con candidatos aceptados por el Gobierno israelí, que darían paso a un período transitorio de autonomía y a negociaciones sobre el estatuto final, continuaba negando la posibilidad de un Estado palestino y de negociaciones con la OLP, por lo que fue inmediatamente rechazado por los palestinos²⁰. La OLP respondió con su propia propuesta de elecciones y de retirada israelí de los Territorios Ocupados, dando paso a un Estado palestino confederado con Jordania que, evidentemente, fue desestimada por Tel Aviv.

Sin embargo, la dinámica abierta por el plan de Shultz continuó con dos propuestas del secretario de Estado Baker y una propuesta egipcia de elecciones. La primera iniciativa de Baker, en mayo de 1989, se centraba en negociaciones directas de todas las partes, basadas en las resoluciones 242 y 338, y proponía la congelación de la construcción de asentamientos en los Territorios Ocupados²¹. La OLP aceptó la propuesta del secretario de Estado, pero Israel la rechazó. En septiembre del mismo año, el Gobierno egipcio, de nuevo en la Liga Árabe desde mayo de 1989, presentó un plan para convocar elecciones en los Territorios Ocupados, según el cual podrían participar todos los habitantes de Cisjordania, la Franja de Gaza y de Jerusalén Este, sin restricciones²². El plan de Mubarak fue aceptado por los laboristas israelíes, pero tanto el Likud como los palestinos lo desestimaron. A la propuesta egipcia, siguió una nueva iniciativa de cinco puntos de James Baker, que se referían esencialmente al procedimiento para iniciar un diálogo entre israelíes y palestinos en el que las dos partes podrían exponer sus puntos de vista sin cortapisas²³.

Los palestinos aceptaron el plan Baker, y el Gobierno de unidad nacional israelí votó a favor, en noviembre de 1989, por mayoría de nueve a tres. Sin embargo, en marzo del año siguiente el primer ministro Shamir rechazó la iniciativa de Baker, provocando la salida del los laboristas del Gobierno, que quedó en manos de la derecha revisionista y de los partidos religiosos. La reacción laborista ante los cinco puntos de Baker denotó una evolución en la izquierda israelí, que empezaba a reconocer como inevitable la necesidad de dialogar con la OLP, siguiendo los pasos de la Administración estadounidense que ya había iniciado los contactos con la organización palestina el año anterior. La radicalización de parte del liderazgo palestino en los Territorios Ocupados y el fortalecimiento de la OLP ante Jordania y Siria no dejaban otra opción. La implantación de Hamás y de la Dirección Nacional Unificada –el liderazgo clandestino de la *intifada*– hacía temer que la moderada dirección de la OLP y los líderes institucionales palestinos en los Territorios Ocupados pudieran perder su capacidad de interlocución en favor de los más radicales (Harkabi, 1994: 229; Sahliyah, 1988: 91; Williams, 1993: 159)²⁴. El rechazo del Likud a la propuesta de Baker enfrentó a Shamir con la Administración estadounidense, conduciendo a uno de los períodos más difíciles en las relaciones de Israel con EEUU. El secretario de Estado, que se enfrentaba a fuertes presiones interiores para que rompiera el diálogo con la OLP²⁵, se indignó ante los obstáculos que ponía el Likud al proceso de paz. Finalmente, el plan Baker terminó perdiéndose en el mismo limbo que todos los que lo habían precedido cuando la Administración estadounidense cedió y aparcó el diálogo con la OLP en junio de 1990. Dos meses después, Iraq invadió Kuwait y toda la política de Oriente Medio tomó un nuevo cariz.

La *intifada* también hizo resurgir una vieja preocupación en Israel: el dilema demográfico, que ya se planteó tras la invasión de 1967. La incorporación de la población de los Territorios Ocupados a Israel atacaría directamente la esencia del Estado judío, y el mantenimiento de la ocupación debilitaba los principios democráticos del sistema político israelí, y más tras el inicio de la *intifada* y la reacción represiva que provocó en el Gobierno y el ejército israelíes. Durante muchos años el debate sobre el problema demográfico se mantuvo apagado, ante el miedo a la división en Israel o ante el temor a reflexionar sobre los efectos de la ocupación y de la administración dictatorial de otro pueblo en la sociedad israelí (Saunders, 1985: 41, 45). Sin embargo, tanto el crecimiento de la población palestina²⁶ como la *intifada* obligaron a Israel a decidir sobre el futuro de la ocupación y, con ello, sobre el problema demográfico.

La forma de afrontar el problema demográfico fue muy distinta en el laborismo y en el revisionismo sionista. En 1988, durante la campaña electoral, Shimon Peres ya defendió la necesidad de impulsar un acuerdo de paz para hacer frente al dilema demográfico²⁷. Los revisionistas, sin embargo, reaccionaron con diversas propuestas radicales. Los más fanáticos insistieron en impulsar la “transferencia” de población palestina de los Territorios Ocupados hacia Jordania. Una minoría en el Likud empezó a pensar en la posibilidad de negociar con los palestinos, incluso con la OLP, pero pronto

fue acallada por la voz de la mayoría y de la derecha más extremista. La mayoría del Likud mantuvo su política de anexión de los Territorios Ocupados y de autonomía administrativa para los palestinos, tal y como ya había planteado Begin en la negociación de Camp David (Shamir, 1988: 215)²⁸. No obstante, el Gobierno del Likud fue más allá y buscó en la inmigración la solución al problema demográfico²⁹, aprovechando la apertura soviética para impulsar una nueva *aliya*.

Las restricciones a la emigración en la Unión Soviética habían limitado la salida de judíos, hasta que llegaron los cambios introducidos por Mijail Gorbachov siguiendo el espíritu de la *perestroika*. El problema de la emigración judía era un engorro permanente en las relaciones soviético-norteamericanas, con presiones continuas desde Washington para que Moscú relajara su política de *puertas cerradas*. Sin embargo, cuando Gorbachov se decidió a quitar los obstáculos a la emigración, la Administración estadounidense se asustó ante la avalancha de inmigrantes que se avecinaba, así que, entonces, las barreras se colocaron en EEUU³⁰. El destino preferido de la emigración judía soviética era el país norteamericano, pero las restricciones la desviaron hacia Israel, el único país dispuesto a recibirla con los brazos abiertos. Los emigrantes judíos de la Unión Soviética huían por motivos económicos y no por motivos ideológicos, pues Gorbachov había eliminado las políticas discriminatorias, precisamente para frenar la emigración³¹. Las estimaciones sobre la futura inmigración soviética a Israel se calcularon en cerca de un millón de nuevos israelíes. Entre 1990 y 1991 llegaron a Israel más de 300.000 inmigrantes soviéticos pero, a partir de aquel año, la emigración descendió abruptamente a causa de los problemas económicos, de paro y de vivienda en el Estado judío.

El Gobierno israelí vio en la nueva *aliya* la solución para afrontar el dilema demográfico. Ante las diferencias de crecimiento natural con los palestinos, la única forma de impulsar el aumento de la población judía en Israel era la inmigración, y la única fuente importante de inmigrantes, tras muchos años de estancamiento e incluso de balanza migratoria negativa, era la Unión Soviética. Shamir, además, ligó la inmigración soviética directamente a la colonización de los Territorios Ocupados, al comentar que una gran inmigración requería que Israel también fuera grande, y que los Territorios Ocupados se debían retener, ya que se necesitaba el espacio para alojar a todo el mundo (se entiende de que a los judíos) (Moore, 1992: 99). Desde el laborismo, en cambio, se creía que los problemas planteados por la inmigración soviética debían solucionarse en el interior de Israel y que, para ello, era necesario hacer la paz con los árabes.

La *aliya* soviética no podía solucionar el dilema demográfico en Israel, pues incluso con las estimaciones más optimistas tan sólo conseguiría retrasar la equiparación de la población palestina a la judía al año 2030, y la inmigración de ninguna forma responde a este optimismo del Likud. Sin embargo, desde la perspectiva del partido ultranacionalista, la *aliya* era útil para su política de ganar tiempo y eternizar el *statu quo* para crear hechos consumados.

La colonización de los Territorios Ocupados y la *intifada* también se dejaron sentir en los problemas económicos de Israel. Eran años de paro y de carestía de viviendas, agravados por la inmigración soviética. El coste de la construcción de asentamientos y de la represión en Gaza y Cisjordania suscitó cada vez más discusión y dudas sobre la capacidad de Israel de hacer frente al mismo tiempo a la absorción de los judíos soviéticos y a la ocupación. Este debate se avivó cuando la Administración Bush ligó los avales para créditos para la construcción de viviendas en Israel a la congelación de la construcción de nuevas colonias en los Territorios Ocupados³². Según algunas voces de la izquierda, el problema no se planteaba en términos de necesidad de territorio para alojar a los nuevos israelíes, sino en los de demanda de recursos dentro de Israel para crear ocupación y construir alojamientos. Estos recursos sólo podían venir de la ayuda exterior y del presupuesto gastado en los Territorios Ocupados, y para poderlos dedicar a la crisis económica israelí debía solucionarse el conflicto con los árabes (Golan, 1992: 42).

ISRAEL ANTE LA NEGOCIACIÓN

La sociedad israelí vivía un claro consenso en el denominador común respecto a los palestinos: Israel no podía continuar gobernando a los palestinos de los Territorios Ocupados. Esto, que ya se leía en los Acuerdos de Camp David y en el Plan Shamir y era la política del Likud desde Begin, significaba que el ejército israelí debería retirarse de parte de los Territorios Ocupados y redesplegarse antes de la negociación del estatuto final. Según el punto de vista del Likud, que ha permanecido prácticamente inalterado hasta la actualidad, la autonomía era para la población, pero no para el territorio. Se separaban los derechos políticos del pueblo palestino de sus reivindicaciones territoriales (Gottlieb, 1989: 112, 115). Se puede ver, pues, que lo que pareció un gran avance en la negociación de Oslo de 1993, al marcar una retirada parcial y un nuevo despliegue del ejército israelí, no era más que la consecuencia lógica de una política de mínimos aceptada, en este aspecto, incluso por el Likud.

Más allá de esta exigua coincidencia, las diferencias entre la izquierda y la derecha israelíes eran cada vez más importantes. Hasta finales de los ochenta esta divergencia se planteaba en un plano más teórico, ya que los laboristas convivían sin dificultad con un *statu quo* que ellos mismos habían construido. Sin embargo, como hemos visto, el mantenimiento de la ocupación y del estado de guerra con los vecinos árabes se convirtió en una molestia creciente para sectores cada vez mayores de la sociedad israelí.

La posición del Likud ante el conflicto con los palestinos no había variado un ápice desde Camp David. Autonomía administrativa para los palestinos en *Eretz Israel*, sin ninguna cesión territorial o, como lo resumía el diputado Ze'ev Begin:

“Our Zionist stand is based on the Zionist goal: the creation of a safe haven for the Jewish nation in the Land of Israel. It rests on two pillars: the right of the Jewish nation to the Land of Israel; and the right of the Jewish state to national security, to allow its sons and daughters to live in freedom”, y más adelante añadía: “It should be stressed that the agreement between Egypt and Israel concerning Arab autonomy pertains not to the territory of Samaria, Judea and Gaza, but to its Arab inhabitants.” (Begin, 1991: 21).

Los objetivos del Likud, ante las presiones para forzar una solución política al conflicto, consistían en proteger su reivindicación sobre toda Palestina, mantener la relación de privilegio con EEUU y buscar la negociación de paces separadas con los estados árabes. Al mismo tiempo, debía evitar el regateo entre estos tres objetivos en la negociación (Telhami, 1992: 51). La estrategia del Likud consistió en impulsar la colonización de los Territorios Ocupados para crear una situación irreversible. Por otra parte, intentó impedir que la dimensión palestina del conflicto se convirtiera en el núcleo de la solución y, para ello, se mantuvo fiel a su rechazo a dialogar con la OLP y a aceptar la posibilidad de ceder soberanía territorial en los Territorios Ocupados. Ante EEUU, la política del Likud fue la de ceder a las presiones de la Administración Bush-Baker sólo cuando fuera inevitable.

La decisión del Gobierno de Shamir de participar en la Conferencia de Madrid de octubre de 1991, fue un poco la consecuencia de esta estrategia. Influyó también la presión de la opinión pública israelí, que abogaba por la necesidad de una solución política al conflicto. Independientemente del tipo de solución que defendieran, eran cada vez más los sectores de la sociedad israelí que creían que se debía entrar en el proceso de paz. Este cambio en la opinión pública se explicaba, además de por los factores antes comentados, por la Guerra del Golfo y su repercusión en Israel.

La Guerra del Golfo, a nivel militar, dejó a Israel en una posición más fuerte que en cualquier otro momento. La amenaza iraquí, el ejército árabe más potente, había desaparecido. En el frente vecino, la ex URSS no podía continuar sosteniendo la política de paridad estratégica de Siria y disminuyó sus suministros de armamento. Además, la Guerra del Golfo también demostró la importancia táctica y estratégica de las nuevas generaciones de armamento, en las que Israel estaba mucho más avanzada que los estados árabes, tanto en tecnología como en personal preparado para utilizarlas. Sin embargo, al igual que había ocurrido con la guerra de octubre de 1973, los misiles iraquíes que cayeron sobre Israel, a pesar de la mínima amenaza militar que significaban, recordaron a la sociedad israelí que el peligro de nuevas guerras y nuevas amenazas no había desaparecido, y que la hegemonía militar no significaba la invulnerabilidad. Además, por primera vez, el gobierno de Tel Aviv se vio impotente para proteger a la población, al prohibírselle responder a Bagdad y entrar en la conflagración armada.

La Guerra del Golfo provocó en Israel una momentánea percepción de que el apoyo estadounidense estaba en entredicho, lo que repercutió en las dudas que planteaban los cambios en el sistema internacional. Tras la crisis del Golfo, se asentó la impresión de que el Estado judío debería contar sólo con sus propias fuerzas³³. Los cambios en las alianzas estadounidenses en Oriente Medio, la pérdida de peso estratégico de Israel ante Washington, y las presiones de Bush y Baker para que Tel Aviv congelara la colonización de los Territorios Ocupados, se interpretaron en Israel como factores de debilidad. Además, la crisis del Golfo forjó un consenso internacional para hacer respetar las resoluciones de las Naciones Unidas, e hizo crecer la presión sobre Israel para que acatara las que le afectaban. En este contexto, el Gobierno del Likud no pudo soslayar las presiones de Washington para que Israel participara en el proceso de paz y acudiera a la Conferencia de Madrid³⁴.

Sin embargo, la Administración Bush sólo pudo presionar para obligar a Israel a sentarse a la mesa, no para que se decidiera a negociar realmente. Había una conciencia clara incluso en el laborismo israelí, que llegó a solicitar una mayor presión desde Washington, de que sólo EEUU podía forzar al Likud a romper el estancamiento del proceso, pero la Administración republicana no quiso forzar más la relación con Tel Aviv. Como ya hemos mencionado, a su llegada al poder, los demócratas, tradicionalmente más cercanos al *lobby* judío, declararon que la ayuda a Israel era incondicional, con lo que levantaron la poca presión que se ejercía sobre Israel y devolvieron toda la fuerza a Tel Aviv, tanto para la negociación como para la intransigencia.

Según la visión del Likud, debía mantenerse el *statu quo* para crear los hechos consumados que hicieran irreversible la ocupación de toda Palestina. Así, desde la perspectiva de Shamir, no había ninguna razón para avanzar en el proceso de paz, pues el tiempo jugaba a su favor y los incentivos de la paz no compensaban la devolución de los Territorios Ocupados y la posible creación de un Estado palestino vecino (Telhami, 1992: 52; Zartman, 1992: 66; Harkabi, 1994: 227). El Gobierno del Likud continuó impulsando la construcción de nuevos asentamientos en Cisjordania y, en su política de ganar tiempo, paralizó el proceso de paz con cuestiones de procedimiento³⁵. Sin embargo, se había iniciado un proceso del que no se conocía el resultado y que escapaba al control de los implicados.

El cambio de gobierno en Tel Aviv, el 23 de junio de 1992 trajo consigo la victoria de aquéllos que creían que el *statu quo* ya no servía a los intereses de Israel. El Gobierno laborista, decidido a avanzar en el proceso de paz, aprovechó su posición de fuerza y la debilidad de la dirección palestina de la OLP para forzar un acuerdo que los palestinos habían rechazado en circunstancias anteriores. El acuerdo de Oslo, en 1993, no contenía grandes concesiones israelíes. Era una mezcla de los Acuerdos de Camp David, con la autonomía administrativa para la población palestina, y un Plan Allon “recortado”. La retirada del ejército israelí se limitaba a una amplia zona

de la Franja de Gaza y a los estrechos límites de Jericó, en Cisjordania, por lo que ni siquiera se devolvía a los palestinos el territorio marcado en el Plan Allon. El autogobierno era muy restringido y de ninguna forma se podía hablar de soberanía palestina³⁶.

Sin embargo, la negociación de Oslo suponía importantes novedades en el proceso de paz. Era la primera ocasión que el Gobierno israelí y la OLP abrían un diálogo oficial. El reconocimiento israelí de la organización palestina sólo fue posible por el desarrollo en secreto de las conversaciones, ya que el contacto con la OLP todavía era anatema para una gran mayoría de la opinión pública y, hasta enero de 1993, incluso estuvo prohibido por ley. Como se pudo apreciar en el resultado y en las negociaciones posteriores de desarrollo del acuerdo, la posición israelí fue de extrema dureza. Incluso dos años más tarde, en el acuerdo que se conoció bajo la denominación de Oslo-B, el resultado continuaba siendo más parecido a los postulados del Likud que a las propuestas teóricas del laborismo. En este convenio provisional se negoció la retirada del ejército israelí de las zonas más pobladas de Cisjordania, con lo que el resultado seguía la pauta marcada por el Likud de autogobierno para la población sin prácticamente ninguna devolución territorial³⁷. No obstante, tal como comentaría uno de los arquitectos israelíes del proceso de paz, la novedad estaba en que, por primera vez, las dos partes hablaban más o menos de la misma paz y de la misma solución (Beilin, 1994: 28). En la mente de todos estaba que al final del proceso esperaba algún tipo de entidad política palestina cercana a la forma de Estado³⁸.

Por otra parte, la negociación separada del acuerdo de Oslo con los palestinos suponía un golpe mortal para la estrategia árabe de negociación conjunta, y levantaba las restricciones sobre los gobiernos para abrir conversaciones bilaterales. La iniciativa unilateral de Arafat hirió de muerte a la política de Damasco de control de las negociaciones, pero el rey Hussein de Jordania la aprovechó inmediatamente para iniciar la negociación de la paz con Israel. Ésta fue rápida y fácil, dado el consenso general en Israel sobre la paz con Jordania³⁹ y, el 26 de octubre de 1994, justo un año después de la firma del acuerdo de Oslo, Israel y Jordania sellaron el tratado de paz en Washington.

La ambigüedad del acuerdo de Oslo, al dejar pendientes prácticamente todos los contenciosos básicos⁴⁰, tenía la ventaja de permitir la firma del pacto, pero implicaba que la negociación sería larga y dura, y se vería sometida a toda clase de peligros. Los laboristas afrontaron el período transitorio como una prueba de respeto a los acuerdos que debían salvar tanto los palestinos como los propios israelíes, pero el sector ultranacionalista israelí lo veía como un examen sólo para la OLP⁴¹, ya que el Likud no estaba dispuesto a respetar lo acordado⁴². De esta forma, la polarización israelí ante el proceso de paz se convirtió en una clara amenaza para el futuro de la negociación y del propio proceso⁴³.

CONCLUSIONES

Las conversaciones de paz se iniciaron porque el Gobierno laborista de Israel, la parte más fuerte en el conflicto, percibió el mantenimiento del *statu quo* como negativo para sus intereses. Durante mucho tiempo, el conflicto se vio desde la sociedad israelí como un juego de suma cero, a pesar de las renuncias palestinas. La construcción de un Estado palestino implicaba la cesión de parte del territorio reclamado por los judíos. No obstante, los recientes cambios en la percepción de sus propias necesidades en algunos sectores de la sociedad israelí han hecho que, para estas capas de la población, la incompatibilidad entre el nacionalismo palestino y el sionismo sea menor, lo que ha abierto algunas puertas a la paz. En el laborismo, la ocupación territorial más allá de la *Línea Verde* ha dejado de ser un objetivo central. Los intereses básicos de la política laborista se han desplazado con la globalización del sistema internacional. Aun así, los conflictos con los árabes continúan siendo un elemento ineludible en su política exterior por las repercusiones que tienen a todos los niveles. En contraste, en el Likud y el revisionismo sionista, la ocupación y colonización de *Eretz Israel* aún forman parte de la base ideológica del Estado, de su razón de ser, por lo que todavía hoy están asociadas al interés nacional, junto a la pervivencia de Israel.

La única presión exterior sobre Tel Aviv para que aceptara negociar era la *intifada*, y ésta terminó con la firma del acuerdo de Oslo. En estas condiciones, la llegada al poder de un Gobierno israelí con otra percepción sobre las ventajas de la paz podía suponer el fin del proceso, y así ocurrió con la victoria del Likud en 1996. La oposición del Likud a la negociación con los palestinos no era tanto por el resultado inmediato que, como hemos visto, se ajustaba bastante a sus propios planteamientos, sino porque podía conducir a la devolución de Cisjordania y a la creación de un Estado palestino. La política del Gobierno de la derecha, ante el proceso de paz, se dirigió pues a evitar o minimizar la devolución tanto de territorio como de soberanía, para lo cual siguió la misma estrategia de estancamiento del proceso y de hechos consumados en la colonización que ya ideó Yitzhak Shamir.

De este modo, la política de hechos consumados del Likud se centró en los eslabones más débiles del proceso: los asentamientos de colonos y Jerusalén. El Gobierno de Israel, en el nuevo contexto regional e internacional, tan sólo puede sentir presión para negociar desde su propia opinión pública o desde Washington. EEUU no sólo no presiona a Israel, sino que parece apoyar su política de asentamientos y de anexión de Jerusalén, como se demostró al vetar una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que pedía que se detuviera la construcción de nuevos asentamientos en Jerusalén Este⁴⁴. El *lobby* judío ha conseguido una fuerza enorme en todos los eslabones de la carrera política norteamericana, con lo que su influencia abarca todos los peldaños, desde los estados hasta la Presidencia. De la misma forma, la mayoría de nombres que forman el núcleo de la

política hacia Oriente Medio han trabajado con instituciones cercanas al *lobby* judío. Así, es extremadamente difícil que un presidente o un secretario de Estado, aun queriendo (que no es, ni fue el caso) ose enfrentarse al *lobby* judío y sus partidarios por una cuestión que está cada vez más alejada del interés nacional estadounidense.

La construcción de nuevos asentamientos y la política de anexión e inclusión forzosa de Jerusalén Este con la zona judía de la ciudad es percibida por los palestinos como uno de los mayores obstáculos para la continuidad del proceso de paz. El Likud, con esta táctica, pretendía utilizar el problema de Jerusalén, sobre el que hay un amplio consenso en la sociedad israelí, para impedir la división de la ciudad, para sabotear el proceso de paz y para minimizar la devolución territorial en Cisjordania (Lustick, 1993: 55). La Administración estadounidense no sólo ha renunciado a ejercer ningún tipo de presión real sobre Israel, sino que parece dirigir su política a conseguir que los palestinos acepten la asimetría de poder que los propios EEUU han ayudado a crear. Así, una vez más, el conflicto palestino-israelí se encontró en una situación en la que los objetivos de las dos partes eran incompatibles. El equilibrio de fuerzas, totalmente favorable a Israel, permitió que el Gobierno ultranacionalista de Tel Aviv se volviera a instalar en la intransigencia hasta que nuevas elecciones condujeron al regreso de los laboristas al poder.

Se puede apreciar pues que la división de la sociedad israelí ante el proceso negociador se ha convertido en la principal amenaza para el futuro de la paz, e Israel en el actor más inestable de la región. La polarización de la sociedad y de los partidos ante la paz con los palestinos, hace que el futuro de Oriente Medio dependa permanentemente de las peculiaridades del sistema político y electoral israelí que, por sus características de proporcionalidad, conduce a difíciles alianzas de Gobierno en Tel Aviv y a una inestabilidad que impide seguir políticas claras y definidas ante el proceso de paz.

Referencias bibliográficas

- Alpher, J. (1994) "Israel's security concerns in the peace process". *International Affairs*. 70 (2).
- Arian, A., Shamir, M.; Ventura, R. (April 1992) "Public Opinion and Political Change. Israel and the Intifada". *Comparative Politics*.
- Badia Martí, A.; Saura Estapà, J. (1996) *Informe sobre las elecciones palestinas de 20 de Enero de 1996 y selección de textos sobre el proceso de paz*. Barcelona: Asociación para las Naciones Unidas en España.
- Bannerman, M. G. (1993) "Arabs and Israelis: Slow Walk Toward Peace". *Foreign Affairs*. 72 (1).
- Barbé, E. (1995) *Relaciones internacionales*. Madrid: Tecnos.
- Begin, Z. (tardor 1991) "The Likud Vision for Israel at Peace". *Foreign Affairs*. 70 (4).
- Beilin, Y. (1994) "The Opportunity that was not Missed". B. Rubin, J. Ginat y M. Ma'oz (eds.), *From War to Peace: Arab- Israeli Relations 1973-1993* Brighton; New York: Sussex Academic Press, New York University Press.
- Blin, L. & Fargues, P. (eds.) (1995) *L'Économie de la paix au Proche-Orient*. Paris: Maisonneuve et Larose, CEDEJ.
- Feste, K. A. (1991) *Plans for Peace. Negotiation and the Arab- Israeli Conflict*. New York, Westport; Londres: Praeger.
- Gazit, S. (1992) "After the Gulf War: The Arab World and the Peace Process". S. L. Spiegel (ed.), *The Arab-Israeli Search for Peace Boulder*. London: Lynne Rienner Publishers.
- Gottlieb, G. (Fall 1989) "Israel and the Palestinians". *Foreign Affairs*. 68 (4).
- Halevi, I. (1992) "Moyen Orient: vieux concepts, nouvelles réalités. Vous avez dit stratégie?". *Peuples Méditerranéens*, 58- 59.
- Harkabi, Y. (1994) "World Order and the Arab-Israeli Conflict". B. Rubin, J. Ginat y M. Ma'oz (eds.), *From War to Peace: Arab- Israeli Relations 1973-1993* Brighton. New York: Sussex Academic Press, New York University Press.
- Hirschfeld, Y. (1994) "Dynamics of Israeli-Palestinian Negotiations". B. Rubin, J. Ginat & M. Ma'oz (eds.), *From War to Peace: Arab- Israeli Relations 1973-1993* Brighton. New York: Sussex Academic Press, New York University Press.
- Ibáñez, J. (1998) "La realidad de la globalización. Procesos, factores y actores de un incipiente sistema global", *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 1.
- Kaarbo, J. (septiembre 1996) "Influencing Peace: Junior Partners in Israeli Coalition Cabinets", *Cooperation and Conflict*, 31 (3).
- Kimmerling, B. y Migdal, J. S. (1994) *Palestinians. The Making of a People*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Lukacs, Y. (ed.) (1992) *The Israeli-Palestinian Conflict, a documentary record 1967-1990*. Cambridge, New York: Cambridge University Press.
- Mattair, T. R. (1993) "The Breakthrough in Arab-Israeli Diplomacy". *Middle East Policy*. II (3).
- Moore, J. W. (1992). "Immigration and the demographic balance in Israel and the Occupied Territories", *Middle East Policy*, II (3).

- Peled, Y. & Shafir, G. (1996) "The Roots of Peacemaking: The Dynamics of Citizenship in Israel, 1948-93", *International Journal of Middle East Studies*, 28.
- Peres, S. (mayo 1998) "Ecrire l'histoire à l'encre verte" *Le Monde Diplomatique*.
- Pfaff, W. (1991) "Desafío para combatientes", *El País*. 31 de octubre.
- Reiner, E. 1993) "Una paradoja constructiva. El acuerdo, una esperanza para los empresarios israelíes", *El País*. Temas de nuestra época. 12 de diciembre
- Sahliyeh, E. F. (1988) "The West Bank Palestinians and the Politics of Marginalization". Y. Lukacs y A. M. Battah (eds.), *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change Boulder*. London: Westview Press.
- Sánchez Cano, J. (1999) *El debate sobre el concepto de seguridad, 1980-1997*. Barcelona: ICPS.
- Saunders, H. H. (1985). *The Other Walls. The Politics of the Arab-Israeli Peace Process*. Washington D.C.: American Enterprise Institute for Public Policy Research.
- Segal, J. M. (1990). "Ces fantasmes qui couvrent la voix de la conscience juive", *Le Monde Diplomatique*, 433.
- Shafir, G. (primavera 1996) "Israeli Decolonization and Critical Sociology", *Journal of Palestine Studies*. XXV, 3.
- Shamir, S. (1988) "Israeli Views of Egypt and the Peace Process: The Duality of Vision". W. B. Quandt (ed.), *The Middle East. Ten Years after Camp David*. Washington D.C.: The Brookings Institution.
- Simons, J. (1991) "Rationalities of Government and Peace: Israeli Thought on the Arab-Israeli Conflict", *Millennium Journal of International Studies*, 20 (2).
- Stork, J. (1994) "EEUU y la cuestión palestina". *Anuario CIP* 1993-1994.
- Telhami, S. (1992) "Israeli Foreign Policy After the Gulf War". S. L. Spiegel (ed.), *The Arab-Israeli Search for Peace Boulder*. London: Lynne Rienner Publishers.
- Welch, D. A. (1992) "The politics and psychology of restraint: Israeli decision-making in the Gulf War", *International Journal*, XLVII.
- Williams, D. (1993). "Dateline Tunis: PLO R.I.P.?", *Foreign Policy*, 90.
- Zartman, W. I. (1992) "The Negotiation Process in the Middle East". S. L. Spiegel (ed.), *The Arab-Israeli Search for Peace Boulde*. London: Lynne Rienner Publishers.
- Zunes, S. (octubre 1996) "The strategic functions of U.S. Aid to Israel", *Middle East Policy*, IV (4).
- Zunes, S. (1994) "U.S. Policy towards Jerusalem: Clinton's Shift to the Right", *Middle East Policy*, III (3).

Notas

1. Se debe señalar que el fenómeno de la globalización no es uniforme en todo el sistema internacional. En realidad, se puede hablar de tres polos, una "tríada", que forma el centro del sistema (Europa Occidental, EEUU y Asia Oriental). El mayor flujo de intercambios se da en el interior de estos polos y entre ellos, hasta el punto que en 1995 llegaba al 75,7% del comercio mundial (Ibáñez (1998)). De aquí la importancia, para cualquier economía que no forme parte de uno de estos polos, de acercarse lo máximo posible al centro del sistema para entrar en el circuito del comercio y del flujo financiero.

2. Ephraim Reiner, ex presidente del mayor banco de Israel, el Banco Hapoalim BM, lo expresaba claramente: "Los empresarios de Israel saben muy bien por qué apoyan la paz. Como en cualquier otro sitio, quieren ampliar al máximo el volumen de los recursos de que disponen para el crecimiento del mercado y el bienestar de sus habitantes. En las condiciones políticas y militares que han caracterizado a Israel durante los años de su existencia, éste ha sido un deseo imposible de realizar. ¿Cómo se puede pedir lo que los economistas definen como "administración reducida", es decir, un gobierno que no requiere la mayor parte de la producción económica, en un lugar en el que estalla una guerra prácticamente cada diez años? (...) Una economía normal, cuyos recursos están dedicados al sector privado, puede darse únicamente en condiciones de paz. El fin del estado de guerra entre los israelíes y los palestinos por una parte y entre los países árabes e Israel por otra, se convierte por lo tanto en el interés supremo de los focos de iniciativa, de inversión y de gestión de la sociedad israelí (...) De esta manera ha surgido en Israel una paradoja constructiva: la burguesía israelí que, como es tradicional, tendría que apoyar a la oposición de derechas (que se opone al proceso de paz), confiere un apoyo de la mayor importancia precisamente a un gobierno de izquierdas (...) (Reiner (2-12-1993: 7).
3. Hay que señalar la excepción de Jerusalén que, al mantener toda la carga simbólica, se ha convertido en el punto de consenso de la sociedad israelí al rechazar cualquier concesión en la negociación con los palestinos, aunque cada vez surjan más voces que abogan por compartir la ciudad con los palestinos.
4. Los enemigos de Israel ya no son los mismos que los de EEUU y, por tanto, su rol deberá cambiar (Halevi (1992: 287)). Desde Israel se hará un esfuerzo ingente en identificar nuevos enemigos que le devuelvan su papel estratégico en la región, el principal: el islamismo radical. Sin embargo, incluso contra el islamismo, Israel es más una molestia que un instrumento de contención, pues, por un lado, el islamismo debe ser derrotado en los propios estados musulmanes y, por otro, Israel es uno de los principales factores de cohesión y radicalización de la nueva ideología político-religiosa.
5. Sobre las presiones estadounidenses a Israel durante la crisis del Golfo y la percepción de menoscabo estratégico que produjeron en Tel Aviv, ver Welch (1992). Welch (1992: 355) creía que la posición estratégica israelí se vio debilitada. Zunes (1996: 94), con más perspectiva temporal, habla de un distanciamiento retórico de Bush que, sin embargo, no rompió la relación especial con Israel, al no haber ninguna razón para ello, pues las nuevas alianzas con los árabes no lo exigieron.
6. Desde su nominación como candidato a la Presidencia, Clinton atacó a Bush por sus presiones para que Israel congelara la construcción de nuevos asentamientos en los Territorios Ocupados, adoptando una posición que incluso desde Tel Aviv fue percibida como más cercana al Likud que a los laboristas. Posteriormente, el presidente Clinton prometió explícitamente a los israelíes que la ayuda norteamericana se mantendría constante sin tener en cuenta las políticas de colonización de los Territorios Ocupados (Zunes (1996: 95)). Sobre la posición de la Administración Clinton ante Israel ver Zunes (1994) y (1996), y Stork (1994).

7. En este caso con una importante ayuda del complejo militar-industrial norteamericano (ver Zunes, 1996).
8. Hay que señalar que estos mismos temores se dejan sentir en los vecinos árabes y en toda la región. Sobre todo se siente miedo de las consecuencias económicas de una posible desvalorización estratégica de la región (en este sentido, ver Blin y Fargues, 1995).
9. Desde el mundo árabe también hay una clara percepción del interés de Israel en incrementar las relaciones económicas con Oriente Medio, pues el Estado judío es el que tiene más a ganar (entrevista con Nabil Amari -viceministro del Ministerio de Planificación jordano- [25 de febrero de 1997]).
10. Ver Barbé (1995: 142-151).
11. Shimon Peres nos ofrece un claro ejemplo de esta evolución en la concepción de la seguridad en Israel. Así, el hombre que en abril de 1996 lanzó la ofensiva *Uvas de la Ira* en el sur del Líbano, y justificó la masacre de 110 civiles en un bombardeo israelí sobre la ciudad libanesa de Qana para hacerse un lugar entre los halcones que le diera votos en las elecciones (que de todas formas perdió), dos años más tarde, escribiría: "Pour assurer un avenir équitable, il convient que deux Etats soient fondés (...) Il est de l'intérêt d'Israël que l'Etat palestinien soit tout autant moderne, démocratique et prospère. (...) de nos jours, les frontières entre les Etats ont perdu une grande partie de leur valeur. Une frontière ne peut nous protéger contre les flux économiques, parce que l'économie est globale (...). Les marchés sont plus importants que les Etats, et la participation à ces marchés ne s'exerce que par le biais d'une concurrence irrespectueuse des frontières (...)" (Peres, 1998: 4). Otro ejemplo lo tenemos en las palabras de Yehoshafat Harkabi, quien fue Jefe de la Inteligencia Militar israelí en los años cincuenta: "In this present world order, competition is no longer primarily over territory and power but over economy and commerce" (Harkabi, 1994: 228).
12. Sobre este debate ver Sánchez (1999).
13. Ver, por ejemplo, la afirmación de Joseph Alpher de que: "the interest of Israel in this process, and of Israel alone, can be defined almost exclusively in terms of security" (Alpher, 1994: 229). Es interesante comprobar como todavía se mantiene la autopercepción victimista israelí, en una negociación en la que deben participar tres estados que han perdido territorio en guerras contra Israel, y el pueblo palestino, que está sometido a la ocupación del ejército israelí.
14. En 1992, el primer ministro Rabin todavía afirmaba que el Gobierno continuaría impulsando los asentamientos judíos a lo largo de las líneas de confrontación por razones de seguridad, pero al mismo tiempo llamaba a los israelíes "to shed their fears and sense of isolation and adapt to the new post-cold war world" (*Jordan Times* [14-7-1992] "Rabin takes over as Israeli premier"). En el mismo año, Rabin sólo ofrecía autonomía a los palestinos y aún no hablaba de negociaciones sobre el principio de *Tierra por Paz*, aunque poco después el ministro de Asuntos Exteriores Shimon Peres empezaría a hacerlo (Mattair, 1992: 136, 153). Dos años más tarde, tras haber firmado el acuerdo de Oslo con la OLP, Yitzhak Rabin afirmaba ante la *Knesset*, después de enumerar los muertos y heridos israelíes y palestinos durante la *intifada*: "What are the possibilities which face us after 27 years of ruling –and I do not want to use other terms– a dif-

ferent entity than us religiously, politically, nationally, another people? The first possibility is to perpetuate the situation as it is, to make proposals with no partner -there never were, and there is no settlement without a partner, to try and eternalize the rule of another people; to continue on a course of never-ending violence and terrorism, which will bring about a political impasse. The second option is to try and find a political solution" ("Yitzhak Rabin, speech to Knesset, Jerusalem, 18 April 1994", en *Journal of Palestine Studies* [Autumn 1994: 141]).

15. "Settlements in the 'Final Status'", en *Journal of Palestine Studies* (verano 1995: 130).
16. En el mismo artículo de 1998 mencionado anteriormente dice: "(...) la question palestinienne –rétexte des attaques contre Israel– constitue jusqu'à nos jours le danger principal qui pèse sur sa sécurité. (...) Sans deux Etats séparés, un Etat binational sera formé, à la grande frustration des deux peuples. Une tragédie binationale surviendra qui, le temps passant, obligera Israël à demeurer armé face aux Palestiniens, dont l'amertume pourrait conduire au renouveau du terrorisme" (Peres, 1998: 4).
17. Entre 1968 y 1975 la autoridad militar israelí contabilizó una media de 350 incidentes al año; entre 1976 y 1982, se acercó al millar; entre 1982 y 1987 fueron cerca de 3.000; mientras que en los primeros seis meses de la intifada se contabilizaron 42.355 incidentes (Kimmerling y Migdal, 1994: 262).
18. El cambio de opinión ante la ocupación y la represión, sin embargo, no es el reconocimiento de los derechos de los palestinos ni un cuestionamiento moral, ya que en la mitología judía e israelí los judíos siempre son las víctimas, sino el resultado de un análisis realista. Es necesario cambiar el *status quo* para poner fin a la inseguridad de los israelíes, al derramamiento de sangre israelí y a la amenaza a los jóvenes israelíes que cumplen el servicio militar. Para algunos también se trataba de terminar con la incomodidad que sentían por saber que israelíes y judíos podían estar haciendo aquellas barbaridades (Golan, 1994: 63). En otros sectores de la sociedad israelí, la ocupación ya provocó, incluso antes de la *intifada*, una reacción contraria, ahondando en el racismo y el fanatismo para justificar la represión y la colonización. Esto creó un nuevo malestar y un peligro real con el surgimiento de los grupos terroristas y de *vigilantes* israelíes. Esta incapacidad de reconocer en otro el papel de víctima ha sido una constante en la percepción israelí de los árabes en general y de los palestinos en particular, lo que aún hoy supone grandes dificultades a la hora de negociar.
19. En noviembre de 1989, durante una visita del primer ministro israelí Yitzak Shamir a EEUU, la comunidad judía en aquel país rompió la norma establecida de no criticar nunca al jefe del Gobierno israelí cuando estuviera en Washington. Por una parte, un grupo de más de doscientos rabinos y por otra un grupo de importantes personalidades del *lobby* judío criticaron la política de Shamir hacia los palestinos y sus propuestas de futuro. Sin embargo, también se debe señalar que las críticas de la comunidad judía estadounidense a las políticas israelíes siempre son de corto alcance y no significan su comprensión hacia los palestinos, ya que ven la necesidad de solucionar el conflicto con los palestinos, no como un reconocimiento de sus derechos, sino como la necesidad de salir del embrollo en el que se encuentran y que la *intifada* agravó (Segal, 1990: 22).

20. "A Peace Initiative by the Government of Israel, 14 May, 1989", en Lukacs (1992: 236).
21. "Address by Secretary of State James Baker Before the American-Israel Public Affairs Committee, Washington, DC, 22 May, 1989", en Lukacs (1992: 123-129).
22. "President Husni Mubarak's Ten Point Peace Plan, 2 July, 1989", en Lukacs (1992: 537-538).
23. "Secretary of State James Baker's Five Point Plan, 10 October, 1989", en Lukacs (1992: 133).
24. Este problema se planteó de una forma particularmente grave con la creciente fuerza que adquirió Hamás. Israel, como el rey Hussein en Jordania, había jugado al aprendiz de brujo con los Hermanos Musulmanes para debilitar a la OLP, en el caso israelí, y a la izquierda y a al panarabismo, en el caso jordano. Con el inicio de la *intifada*, los islamistas se convirtieron en una fuerza más radical y menos previsible que la OLP, y en un peligro mayor para aquellos sectores políticos israelíes que ya aceptaban una salida negociada al conflicto con los palestinos. En cambio, los islamistas eran una nueva baza para los sectores de la derecha que todavía defendían el mantenimiento del *status quo* como la mejor opción, ya que justificaban la desconfianza israelí y la paralización de las negociaciones bajo la excusa de la seguridad. En diciembre de 1992, coincidiendo con el inicio del diálogo secreto con la OLP, el Gobierno laborista ordenó la deportación de 400 activistas de Hamás a la frontera con Líbano. No era sólo una represalia por las acciones cada vez más violentas de la organización islamista, también era un intento de debilitar a Hamás en su competencia con la más moderada OLP. Una vez más, se revelaba la insensibilidad israelí ante la opinión pública árabe, ya que las represalias contra Hamás, en vez de ayudar, comprometieron las conversaciones con la OLP.
25. Ver, por ejemplo: "Letter to Secretary of State James Baker from 68 US Senators, Washington, DC, 21 September, 1989", en Lukacs (1992: 131-132).
26. Las diferencias de crecimiento entre la población judía y la población palestina proyectan una equiparación de las dos poblaciones en la Palestina histórica antes del año 2020. Los nacimientos por 1.000 habitantes entre los palestinos en 1989 eran de 40,6 en Cisjordania, de 53,8 en Gaza y de 34 entre los palestinos de Israel. En la población judía eran de 19,7. La pirámide por edades también muestra diferencias palpables, ya que entre los palestinos el 68% de la población era menor de 24 años, mientras que en la población israelí lo era el 46%. El crecimiento natural en las distintas comunidades era claramente dispar: 1,396% entre los judíos, 2,960% entre los palestinos de Israel, 3,446% entre los palestinos de Cisjordania y 3,811% entre los de la Franja de Gaza (Moore, 1992: 92, 102).
27. El programa laborista hacía hincapié en ello: "To perpetuate the political deadlock would be to turn Israel into a binational Jewish-Arab state (...). Israel's objectives in peace negotiations with Jordan and the Palestinians are: a. To maintain the existence of the State of Israel as a democratic Jewish state. A Jewish majority in most of the land is preferable to holding onto the entire land and thereby losing the Jewish majority" ("The Labor-Alignment Party Platform, 1988", en Lukacs [1992: 274]).
28. El programa del Likud era claro a este respecto: "The autonomy arrangements agreed upon at Camp David are a guarantee that there shall be no further territorial partition of the area of Western

- Eretz Israel, and that under no conditions shall a Palestinian state be there established. The autonomy agreed upon is neither state nor sovereignty nor self-determination (...) The Likud will resume the drive to settle all parts of Eretz Israel and will work to expand, develop, and fortify those settlements already established" ("The Likud Party Platform, 1988", en Lukacs [1992: 276]).
29. En el programa electoral decía: "*Aliyah* [Oleada inmigratoria judía, primero en Palestina y posteriormente en Israel] is the spice of life for the State of Israel and the Jewish People. Our primary objective is to concentrate the majority of the Jewish People in the Land of Israel (...) An effort will be made to simplify the absorption process and to prevent *yerida* (emigration)" ("The Likud Party Platform, 1988", en Lukacs [1992: 277]). Se puede apreciar la inversión en los valores sionistas: la relación entre Israel y la inmigración judía se invierte, pasando a ser la diáspora y los inmigrantes los protectores del Estado judío, cuando los roles iniciales eran los contrarios.
 30. El Gobierno de Shamir ya había presionado sobre Washington para que endureciera su política de refugiados para forzar el desvío de la emigración hacia Israel, pero la Administración norteamericana se negó a ello, pues quebrantaba su política de libertad de elección. No obstante, la fuerza de los números consiguió lo que no pudo Tel Aviv, ya que la amenaza de una oleada masiva de inmigrantes decidió a EEUU a cerrar sus puertas.
 31. Sobre la *aliya* soviética ver Moore (1992). Los inmigrantes soviéticos habrían de provocar problemas de adaptación en Israel, tanto por ser este país un destino de tercera preferencia (EEUU y la Comunidad Europea estaban cerrados), como por la distancia ideológica, muy lejos del sionismo y de la ortodoxia judía, e, incluso, por las dudas sobre su judaísmo, ya que muchos de ellos eran "judíos marginales", provenientes de familias mezcladas con gentiles.
 32. La Administración norteamericana utilizó el aval de un crédito de 10.000 millones de dólares para la construcción de viviendas en Israel para potenciar el proceso de paz. La ayuda económica a Israel para el problema de la vivienda se podía interpretar como un apoyo a los asentamientos judíos en los Territorios Ocupados, una de las cuestiones que obstaculizaba los esfuerzos estadounidenses para iniciar conversaciones de paz, por lo que el presidente Bush anunció que inmovilizaría el crédito mientras el Gobierno israelí no cambiara su política de colonización en Cisjordania. La Administración Bush-Baker fue vista desde las capitales árabes como algo más sensible a sus puntos de vista, en parte gracias a la presión que ejerció para congelar la construcción de asentamientos y para hacer avanzar el proceso de paz. Era la primera vez, y la última, que EEUU presionaba a Israel mediante la ayuda económica. Finalmente, el crédito se desbloqueó en 1992, tras la victoria laborista en las elecciones de junio, cuando el nuevo Gobierno frenó la construcción de asentamientos, aunque la colonización prosiguió en los alrededores de Jerusalén (Bannerman, 1993: 145-146; 150, 154).
 33. Como hemos visto, esta percepción era claramente subjetiva y no respondía a la realidad, ya que el apoyo norteamericano, tanto económico como militar, se mantuvo sin fisuras. Tan sólo hubo algunas presiones a nivel político para forzar la participación de Israel en el proceso de paz, pero incluso éstas desaparecieron con la llegada al poder de Clinton (ver los artículos ya citados de Zunes y Stork).

34. El secretario de Estado Baker colocó a Shamir entre la espada y la pared al aceptar la lista de nombres de la delegación conjunta jordano-palestina. Era conocido el rechazo del gobierno del Likud a los delegados palestinos, pues habían manifestado que seguirían las consignas de la OLP, pero el visto bueno norteamericano trasladaba a Tel Aviv toda la responsabilidad del fracaso. A pesar de todo, el Gobierno israelí también consiguió algunas ventajas al acudir a la cita de Madrid: reestableció las relaciones diplomáticas con la ex URSS, consiguió el reconocimiento *de facto* de la mayoría de estados árabes (Bannerman, 1993: 151), trasladó las conversaciones inmediatamente a un marco bilateral que convenía a la política israelí; y sin que ello implicara el reconocimiento de la OLP. De hecho, la convocatoria de la conferencia de paz ni tan siquiera mencionaba los derechos legítimos del pueblo palestino, lo que era un claro paso atrás desde la declaración conjunta de EEUU y la URSS en 1977. Además, planteaba un calendario y un punto de partida muy similar a los Acuerdos de Camp David (“Carta de invitación a la conferencia de Madrid de 18 de octubre de 1991”, en [1996: 33-36]).
35. Durante la campaña electoral de 1992, Shamir manifestó que unos pocos años más de Gobierno del Likud asegurarían que nunca podríaemerger un Estado palestino (“Shamir rules out Palestinian state”, *Jordan Times* [5-5-1992: 1]). Y, una vez perdidas las elecciones, afirmó que había seguido una política que habría mantenido las conversaciones durante diez años más (Nermene Murad (4-11-1992: 1) “Najjab: No progress in peace talks unless Israel changes its attitude”, *Jordan Times*).
36. “Declaración de principios sobre las disposiciones relacionadas con un gobierno autónomo provisional de 13 de septiembre de 1993”, en (1996: 37-49).
37. “Acuerdo provisional entre Israel y Palestina sobre la Franja de Gaza y la Ribera Occidental (Acuerdo interino de 28 de septiembre de 1995)”, en (1996: 71-119). La devolución de buena parte de la Franja de Gaza se entiende porque se había convertido en una molestia que cualquier Gobierno israelí querría sacarse de encima: Gaza es la zona con la mayor densidad de población del mundo, extremadamente pobre, con una gran población de refugiados y el centro neurálgico de la *intifada* y de Hamás. La devolución del territorio cisjordano era muy diferente. La retirada del ejército israelí se limitó al perímetro de las ciudades más pobladas (Janin, Nablus, Tulkarem, Qalqilya, Ramallah y Belén, además de Jericó), con el caso aparte de Hebrón, que necesitó un acuerdo especial y terminó con una retirada parcial israelí a causa del asentamiento de 400 colonos judíos de Gush Emunim en la ciudad. De todas formas, en prácticamente todas estas ciudades el ejército israelí continúa manteniendo su presencia militar con la excusa de proteger algún lugar sagrado para los judíos. Estos puestos del ejército se convierten en los puntos de fricción cuando hay protestas palestinas. Se puede apreciar pues, que la devolución territorial en Cisjordania todavía era más una ilusión que una realidad.
38. Ya en septiembre de 1993 algunas voces israelíes, como Itamar Rabinovich, entonces embajador en Washington, lo manifestaron así (*Jordan Times* (7-9-1993: 1) “Palestinian state is possible -Rabinovich”).
39. *Jordan Times* (18-10-1994: 1) “Rare consensus in Israel over peace accord with Jordan”.

40. El artículo V del acuerdo de Oslo (“Período de transición y negociaciones sobre el estatuto permanente”) expresaba que: El Gobierno de Israel y los representantes del pueblo palestino iniciarán cuanto antes las negociaciones sobre el estatuto permanente, a más tardar al comenzar el tercer año del período provisional. Queda sobrentendido que las negociaciones versarán sobre las cuestiones restantes, incluidas las siguientes: Jerusalén, los refugiados, los asentamientos, cuestiones de seguridad, fronteras, relaciones de cooperación con otros países limítrofes y otras cuestiones de interés común” (“Declaración de principios sobre las disposiciones relacionadas con un gobierno autónomo provisional de 13 de septiembre de 1993”, en *Badia y Saura* [1996: 40-41]).
41. Menahem Klein en el seminario *Estabilidad y conflictos en el Mediterráneo* (Fundación CIDOB, Barcelona, 9 y 10 de mayo de 1997).
42. Benjamín Netanyahu, sucesor de Shamir en el Likud y primer ministro israelí tras las elecciones de mayo de 1996, repitió en distintas ocasiones que no respetarían lo firmado por los laboristas (entrevista en *El País* [29 de mayo de 1996]).
43. La oposición al proceso de paz dividió aún más a la sociedad israelí, y adquirió tintes dramáticos con el asesinato del primer ministro Yitzhak Rabin, en noviembre de 1995, a manos de un ultranacionalista israelí. De hecho, la política del Likud de impulso del movimiento de colonos judíos en los Territorios Ocupados terminó convirtiéndose en un problema de seguridad, no sólo para los palestinos, sino también para los israelíes. Como dijo Shlomo Gazit, un antiguo jefe de los servicios de inteligencia israelíes, al comentar el problema de seguridad que suponían los colonos: “The worst thing is the [Israeli] lunatics. I don’t know of 130.000 Arabs that would have weapons” (citado en Mattair, 1993: 35).
44. Lamis Andoni (*Jordan Times* [16-3-1997: 1,7] “U.S. finds limited options in effort to resume Israeli-Palestinian talks”). En realidad, el apoyo a Israel en la política norteamericana ya había aumentado desde los años ochenta, pues se extendió con fuerza en los dos partidos mayoritarios y entre los sectores fundamentalistas cristianos. Por ejemplo, el vicepresidente Gore, o los influyentes republicanos Helms, Dole y Gingrich (cuya esposa trabaja para un *lobby* orientado a fomentar la inversión en Israel) son reconocidos partidarios incondicionales de Israel (Zunes, 1996: 95).